

se han recobrado despues. Empieza de este modo su relacion : «Habia en la provincia de Tolosa unos herejes que se hacian llamar los «hombres buenos, mantenidos por los soldados de Lombez. Decian «que no recibian ni la ley de Moisés, ni los Profetas, ni los Salmos, «ni el Antiguo Testamento, ni los Doctores del Nuevo, excepto los «Evangelios, las Epístolas de san Pablo, las siete Epístolas canónicas, los Hechos de los Apóstoles y el Apocalipsis.» Esto basta, sin volver á hablar de lo demás, para que se avergüencen nuestros Protestantes de los errores de sus antepasados.

XXXIX.— Por qué se llama Arrianos á estos herejes.

Mas para dar que sospechar alguna calumnia en el procedimiento que se observó con ellos, dicen los Protestantes que se les llamó no Maniqueos sino Arrianos; que sin embargo los Maniqueos jamás han sido acusados de arrianismo, y que el mismo Baronio ha confesado esta equivocacion ¹. ¡Qué miseria! detenerse en el nombre que se da á una herejía, cuando se la ve designada, sin hablar de otras señales, con la de no admitir el Antiguo Testamento! Pero tambien conviene hacer ver á estos disputadores la razon por que se acusaba de arrianismo á los Maniqueos. Y era, que segun dice expresamente Pedro de Sicilia, «confesaban la Trinidad de palabra, pero la negaban en su corazon, y convertian el misterio en «alegorías impertinentes ².»

XI.— Doctrina de los Maniqueos sobre la Trinidad, segun san Agustin.

Sobre esto nos instruye tambien á fondo san Agustin. Fausto, obispo de los Maniqueos, habia escrito : «Nosotros reconocemos bajo «tres nombres una sola y una misma divinidad, de Dios el Padre «todopoderoso, de Jesucristo su Hijo, y del Espíritu Santo ³.» Pero añade en seguida : «Que el Padre habitaba en la suprema y principal luz, que san Pablo llama inaccesible; en cuanto al Hijo, que «residia en la segunda luz, que es la visible; y que teniendo dos «conceptos, segun el Apóstol, que nos habla del poder y de la sabiduría de Jesucristo, su poder reside en el sol, y su sabiduría en «la luna; y en fin, respecto del Espíritu Santo, que su morada es-

¹ La Roq. ibid.; Bar. t. XII, an. 1176, p. 670. — ² Petr. Sic. ibid. — ³ Faust. ap. Aug. lib. XX cont. Faust. cap. 2, t. VIII, col. 333.

«taba en el aire que nos rodea.» Esto es lo que decia Fausto, y por lo que le convence san Agustin de separar del Padre al Hijo, aun por medio de distancias locales, y de separar al Espíritu Santo del uno y del otro ¹: situarlos tambien, como hacia Fausto, en lugares tan desiguales, era poner entre las Personas divinas una desigualdad bien manifiesta. Tales eran las alegorías llenas de ignorancia, por las cuales convencia Pedro de Sicilia á los Maniqueos de que negaban la Trinidad. Explicarla de este modo no era confesarla; sino, como dice san Agustin, *era amoldar la fe á sus invenciones*. Un autor del siglo XII, contemporáneo de san Bernardo, asegura que estos herejes no decian el *Gloria Patri* ²; y Renier dice expresamente que los Cátaros ó Albigenses no creian «que la Trinidad fuese un «solo Dios; sino que creian que el Padre era mayor que el Hijo y «que el Espíritu Santo ³.» No hay, pues, que admirarse de que los Católicos contasen algunas veces á los Maniqueos entre los que negaban la santísima Trinidad, y que por esta consideracion les hayan dado el nombre de Arrianos.

XLI.— Maniqueos en Soissons. Testimonio de Guido de Nogent.

Volviendo al maniqueismo de estos herejes, Guido de Nogent, autor célebre del siglo XII, y mas antiguo que san Bernardo, nos presenta en las inmediaciones de Soissons unos herejes que «formaban un fantasma de la Encarnacion; que contradecian el bautismo de los párvulos; que tenian horror al misterio que se celebra «ba en el altar; que sin embargo recibian los Sacramentos con nosotros; que repugnaban todas las carnes, y cuanto procede de la «union de los dos sexos ⁴.» Á imitacion de los herejes que hemos visto en Orleans, celebraban una Eucaristía y un sacrificio, que el pudor no permite describir; y para parecerse enteramente á los otros maniqueos, *se ocultaban como ellos, y se introducian secretamente entre nosotros*, confesando y jurando todo lo que se queria, para librarse del suplicio.

XLII.— Testimonio de Radulfo Ardens sobre los herejes de Agenois.

Á estos testigos añadimos á Radulfo Ardens, autor célebre del siglo XI, en la pintura que nos hace de los herejes de Agenois, los

¹ Faust. ap. Aug. lib. XX contr. Faust. cap. 7, t. VIII, col. 336. — ² Herib. man. Anal. III. — ³ Ren. cont. Vald. c. 6, t. IV; Bibl. PP. p. 759. — ⁴ De vita sua, lib. III, c. 16.

cuales «se glorian de tener la misma vida que los Apóstoles: que dicen que no mienten ni juran; que condenan el uso de las carnes «y del matrimonio; que desechan el Antiguo Testamento, y no reciben sino una parte del Nuevo; y lo que es mas terrible, admiten dos Criadores; que dicen que el Sacramento del altar no es sino puro pan; que desprecian el Bautismo y la resurreccion de los cuerpos¹.» ¿No son estos unos maniqueos bien marcados? Pues bien, no se notan en ellos otros caractéres que en los Tolosanos y Albigenes de quienes hemos hablado, y cuya secta hemos visto que se extendió por la Gascuña y por las provincias vecinas. Agen habia tenido tambien sus doctores particulares; pero sea como quiera, por todas partes se nota el mismo espíritu, y todo tenia entre ellos el mismo carácter.

XLIII.—*Los mismos herejes en Inglaterra.*

El año de 1160 se refugiaron en Inglaterra treinta de estos herejes, y les llamaban Poplicanos ó Publicanos, y cuya doctrina se lee en Guillelmo de Neudbrige, historiador próximo á aquellos tiempos, cuya narracion inserta Spelman, autor protestante, en el segundo tomo de sus Concilios de Inglaterra. «Se hizo, dice², entrar á estos herejes en el concilio reunido en Oxford. Girard, que era el único que sabia algo, respondió bien acerca de la sustancia del Mé dico celestial; pero cuando se llegó á los remedios que nos ha dejado, hablaron muy mal sobre este punto, teniendo horror al Bautismo, á la Eucaristía y al Matrimonio, y despreciando la unidad católica.»

Los Protestantes colocan entre sus antepasados á estos herejes procedentes de Gascuña³, porque hablaban mal del sacramento de la Eucaristía, segun los ingleses de aquel tiempo, que estaban persuadidos de la presencia real. Pero deberian considerar que se acusaba á los Poplicanos, no de negar la presencia real, sino de tener horror á la Eucaristía, lo mismo que al Bautismo y al Matrimonio, tres caractéres visibles del Maniqueismo: y yo no tengo á estos herejes por enteramente justificados en cuanto á lo demás, bajo el pretexto de que respondieron bastante bien, porque demasiado hemos

¹ Radulph. Ard. serm. in Dom. VIII post Trin. t. II. — ² Guil. Neudb. Rer. Angl. lib. II, c. 13; Conc. Ox. tom. II; Conc. Ang. Conc. Labb. t. X, an. 1160, col. 1405. — ³ La Roq. hist. de l'Euch. c. 18, p. 460.

visto los artificios de esta secta; y en todo caso no dejarían de ser maniqueos, aunque hubiesen modificado algunos de sus errores.

XLIV.—*Que los Poplicanos ó Publicanos son Maniqueos.*

El nombre mismo de Publicanos ó Poplicanos era ya un nombre de maniqueos, como se ve claramente por lo que dice Guillelmo el Breton, el cual, en la Vida de Felipe Augusto, dedicada á su primogénito Luis, hablando de los herejes que se llamaban vulgarmente Poplicanos, dice «que reprobaban el matrimonio; que miraban como un crimen el comer carne; y que tenían las demás supersticiones que nombra san Pablo en pocas palabras¹» en la primera carta á Timoteo.

XLV.—*Los ministros hacen maniqueos á los Valdenses, haciéndolos poplicanos.*

Sin embargo, nuestros reformados creen que honran á los discípulos de Valdo contándolos en el número de los Poplicanos². Bastaría esto para condenar á los Valdenses; pero yo no quiero prevalerme de este error: dejaré á los Valdenses sus herejías peculiares: me basta haber probado que los Poplicanos están convencidos de maniqueismo.

XLVI.—*Maniqueos de Ermengard.*

Pienso como los Protestantes³ que el tratado de Ermengard no debería intitularse *contra los Valdenses*, como lo ha intitulado Gretser; porque de ninguna manera habla Ermengard de aquellos herejes: pero esto consiste en que en tiempo de Gretser se daba el nombre comun de Valdenses á todas las sectas separadas de Roma desde los siglos XI y XII hasta el tiempo de Lutero; lo que fue causa de que este autor, á los diferentes tratados que publicó contra aquellas sectas, les diese el título general *contra los Valdenses*; pero no dejó de conservar en cada libro el título que habia hallado en el manuscrito. Ermengard ó Ermengaud puso, pues, á su libro el título siguiente: *Tratado contra los herejes, que dicen que es el demonio, y no Dios, el que ha criado este mundo y todas las cosas visibles*⁴. Refuta en particular, capítulo por capítulo, todos los errores

¹ Philip. lib. I; Duch. t. V Hist. Franc. p. 102. — ² La Roq. 455. — ³ Aubert. La Roq. — ⁴ Tom. X, Bibl. PP. I part. p. 1233.

de estos herejes, que son todos los del Maniqueismo, que nosotros hemos señalado tantas veces. Si hablan contra la Eucaristía, no hablan menos contra el Bautismo: si reprueban el culto de los Santos, y otros puntos de nuestra doctrina, no desechan menos la creacion, la encarnacion, la ley de Moisés, el matrimonio, el uso de las carnes, y la resurreccion¹; de suerte que prevalerse de la autoridad de esta secta, es colocar su gloria en la infamia misma.

XLVII.—*Se pasa al exámen de los autores que tratan de los Maniqueos y de los Valdenses.*

Omito otros muchos testigos que ya no son necesarios despues de tantas pruebas convincentes como hemos dado; pero hay algunos que no deben olvidarse, porque insensiblemente nos conducen al conocimiento de los Valdenses.

XLVIII.—*Se prueba por lo que dice Alano que los herejes de Montpellier eran maniqueos.*

Presento desde luego á Alano, célebre monje de la Orden del Cister, y uno de los primeros autores que escribieron contra los Valdenses. Este autor dedicó un tratado contra los herejes de su tiempo al Conde de Montpellier, su señor, y lo dividió en dos libros. El primero es relativo á los herejes de su país, á quienes atribuye la doctrina de los dos principios, y de la falsedad de la encarnacion de Jesucristo, con su cuerpo fantástico; y todos los demás errores de los Maniqueos contra la ley de Moisés, contra la resurreccion, y contra el uso de las carnes y del matrimonio; á lo que añade algunas otras cosas que todavía no habíamos visto en los Albigenses; entre otras culpar á san Juan Bautista por haber dudado de la venida de Jesucristo²; porque tomaban por una duda del santo Precursor lo que hizo decir al Salvador del mundo por medio de sus discipulos: *Eres tú el que debes venir*³? Pensamiento muy extravagante; pero muy conforme con lo que decia Fausto, segun refiere san Agustin⁴. Los demás autores que escribieron contra estos nuevos Maniqueos, les atribuyen de común acuerdo el mismo error⁵.

¹ Ibid. c. XI, XII, XIII; ibid. c. I, II, III, VII; ibid. X, XV, XVI. — ² Alan. p. 31. — ³ Matth. xi, 3. — ⁴ Lib. V cont. Faust. c. 1, tom. VIII, col. 195. — ⁵ Ebrar. Antihær. c. 13, tom. IV; Bib. PP. p. 1332; Ermeng. c. 6, ibid. 1239, etc.

XLIX.—*El mismo autor distingue á los Valdenses de los Maniqueos.*

En la segunda parte de su obra trata Alano de los Valdenses, y poné una lista de sus errores, la cual verémos en su lugar; por ahora nos basta observar que en ella no hay nada que huela á maniqueismo, y ver desde luego enteramente distinguidas estas dos sectas.

L.—*Pedro de Vaucernai distingue muy bien estas dos sectas, y hace ver que los Albigenses son Maniqueos.*

La de Valdo era todavía bastante nueva. Habia nacido en Lyon el año de 1160, y Alano escribia el año de 1202 al principio del siglo XIII. Poco despues, y hácia el año de 1209, Pedro de Vaucernai compuso su Historia de los Albigenses, donde tratando de las diversas sectas y herejías de su tiempo, menciona en primer lugar á los Maniqueos, y refiere los diversos partidos que habia entre ellos¹, en los cuales se ven siempre algunos caractéres de los que se han observado en el Maniqueismo, aunque en unos muy exagerado, y en otros mitigado y templado segun el capricho de aquellos herejes; si bien todo es del fondo del Maniqueismo; y este es el carácter propio de la herejía que Pedro de Vaucernai nos representa en la provincia de Narbona, es decir, de la herejía de los Albigenses, cuya historia se propone escribir. Nada de esto atribuye á otros herejes, de quienes habla. «Habia, dice, otros herejes que se llamaban Valdenses, de un tal Valdius de Lyon. Estos «sin duda eran malos, pero no tenian comparacion con estos primeros.» En seguida manifiesta en pocas palabras cuatro de sus principales errores, y vuelve luego á sus Albigenses. Pero estos errores de los Valdenses están muy léjos del Maniqueismo, como verémos bien pronto; y hé aquí, repito, bien distinguidas las dos sectas de Albigenses y Valdenses, y la última sin ninguna señal de los Maniqueos.

LI.—*Que Pedro de Vaucernai con su sencillez ha descrito bien los caractéres de los Maniqueos.*

Quieren persuadirse los Protestantes de que Pedro de Vaucernai habló de la herejía de los Albigenses sin saber bien lo que decia,

¹ Hist. Albig. Petr. Mon. Val. Cern. c. 2, t. V; Hist. Franc. Duch.

porque les atribuye algunas blasfemias que no enseñaban ni los Maniqueos mismos. Pero ¿quién puede salir por fiador de todos los secretos y de todas las invenciones nuevas de esta secta abominable? Lo que, segun Pedro de Vaucernai, decian de los dos Jesuses, uno nacido en la Belen visible y terrestre, y otro en la Belen celestial é invisible, es casi casi del mismo gusto que los demás desvarios de los Maniqueos. Esta Belen invisible se asemeja bastante á la Jerusalem de lo alto, que los Paulicianos de Pedro de Sicilia llamaban *la madre de Dios*, de la cual habia salido Jesucristo. Digase todo lo que se quiera de Jesús visible, que no era el verdadero Cristo, y que estos herejes tenian por malo; nada veo en esto mas insensato que las otras blasfemias de los Maniqueos. Leemos en Renier que algunos herejes que tenian algo de maniqueos¹ reconocian un Cristo, hijo de José y de María, malo al principio y pecador; pero que despues llegó á ser bueno y restaurador de su secta. Es constante que estos herejes maniqueos variaban mucho en sus errores; y Renier, que estuvo entre ellos, distingue las opiniones nuevas de las antiguas, y dice que se habian introducido entre ellos muchas novedades en su tiempo, y desde el año 1230². La ignorancia y la extravagancia nunca permanecen en un mismo estado, ni tienen límites en el hombre. De todos modos si el odio que se tenia á los Albigenses hacia que se les atribuyese el Maniqueismo, ¿por qué se tenia tanto cuidado de excusar de él á los Valdenses, no pudiendo suponerse que se los amase mas que á los otros, ni que fuesen enemigos menos declarados de la Iglesia romana? Sin embargo, aquí tenemos ya dos autores celosísimos de la doctrina católica, que procuran separarlos de los Albigenses maniqueos.

LII.—*Distincion de las dos sectas por Ebrardo de Bethune.*

Otro tercero hay, que no merece menos consideracion; Ebrardo, natural de Bethune, cuyo libro intitulado *Antiherejia* está compuesto contra los herejes de Flandes, que se llamaban Piples ó Piphles en la lengua del país³. No conjetura mal un autor protestante cuando dice que este nombre de Piphles es una corrupcion del de Poplicanos⁴: por donde se puede conocer que estos herejes flamencos eran, como los Poplicanos, perfectos maniqueos; buenos protestan-

¹ Ren. cont. Val. c. 6, t. IV, II part.; Bib. PP. p. 753. — ² Ibid. p. 759. — ³ Ibid. p. 1073; Pet. de Val. Cern. ib. c. 2. — ⁴ La Roq. 454.

tes, sin embargo, si hemos de creer á los Calvinistas, y dignos de ser sus antepasados. Mas sin detenernos en el nombre, no hay mas que oír á Ebrardo, autor del país, cuando habla de estos herejes¹. El primer rasgo con que los pinta, es que repelian la ley y al Dios que la habia dado; lo demás corresponde con esto: tambien despreciaban el matrimonio, el uso de las carnes y los Sacramentos.

LIII.—*Distingue bien á los Valdenses de los Maniqueos.*

Despues de haber puesto por orden todo lo que tenia que decir contra esta secta, habla contra la de los Valdenses², á la cual distingue, como los otros autores, de la de los nuevos Maniqueos; y así este es el tercer testigo que presentamos. Pero vamos á citar el cuarto, mas importante en este hecho que todos los demás.

LIV.—*Testimonio de Renier, que habia sido de la secta de los Maniqueos de Italia por espacio de diez y siete años.*

Este es Renier, del Orden de Predicadores, de quien ya hemos copiado algunos pasajes. Escribió por los años de 1250 ó 54, é intituló á su libro: *De Haereticis*, como lo asegura en su prólogo. Se califica á sí mismo *Fray Renier, antiguamente heresiarca, y ahora sacerdote*, porque habia estado diez y siete años entre los Cátaros, como lo repite por dos veces. Este autor es muy conocido de los Protestantes, que no cesan de ponderarnos la hermosa pintura que ha hecho de los Valdenses³. Y tanto mas es digno de crédito, cuanto que nos dice tan sinceramente lo bueno y lo malo; y por otra parte no se puede decir que no estuviese bien instruido acerca de todas las sectas de su tiempo; porque habia asistido al exámen de los herejes, en que se profundizaba con sumo cuidado hasta sobre las menores diferencias de tantas sectas oscuras y artificiosas de que estaba entonces inundada la cristiandad. Muchos se convertian, y revelaban todos los secretos de su secta, secretos que se tenia muy buen cuidado de no olvidar, porque ya era una parte de la cura el conocer bien la enfermedad. Además de esto Renier se aplicaba á leer los libros de los herejes, como lo hizo con el grueso volumen de Juan de Lyon, uno de los jefes de los nuevos Maniqueos⁴, de

¹ La Roq. c. 1, 2, 3, et seq. — ² Cap. 25. — ³ Ren. cont. Val. Bib. PP. part. II, p. 746; praef. ibid. 746; ibid. 756, 757; ibid. c. 7, p. 765; c. 3, p. 748. — ⁴ Ibid. c. 6, p. 762, 763.

donde extractó los artículos de su doctrina que publicó. De consiguiente, no es extraño que este autor haya manifestado con mas exactitud que ningun otro las diferencias de las sectas de su tiempo.

LV. — *Los distingue muy bien de los Valdenses. Carácter del Maniqueismo en los Cátaros.*

La primera de que nos habla es la de los Pobres de Lyon, procedentes de Pedro Valdo, cuyos dogmas los refiere todos, hasta sus mas pequeñas particularidades¹. Todo cuanto expone está muy distante del Maniqueismo, como irémos viendo. De allí pasa á las otras sectas que participan del Maniqueismo, y viéne á parar á los Cátaros, de los cuales sabia todo el secreto, porque, además de haber estado diez y siete años con ellos, como hemos visto, y de haber sido de los mas internados en la secta, habia oido predicar á sus mas famosos doctores, y entre ellos á uno llamado Nazario, el mas antiguo de todos, que se gloriaba de haber tenido por maestros, y ya tenia sesenta años, á los dos principales pastores de la iglesia de Bulgaria². Véase siempre esta descendencia de la Bulgaria. De allí les venia su autoridad á los Cátaros, entre quienes vivia Renier; y como estuvo entre ellos tantos años, no es extraño que haya explicado mejor, y mas en particular, sus errores, sacramentos y ceremonias, y los diferentes partidos que se habian formado entre ellos, con las relaciones y diferencias entre unos y otros. En todo se ven con la mayor claridad los principios, las impiedades, y todo el espíritu del Maniqueismo. La distincion de los escogidos y de los oyentes, carácter particular de la secta, célebre en los escritos de san Agustín y de otros autores, se halla aquí anunciada con otro nombre. Renier dice que estos herejes, además de los Cátaros y los Puros, que eran los perfectos de la secta, tenian todavía otra clase, que ellos llamaban sus *creyentes*³, compuesta de toda clase de gentes. Estos no eran admitidos á todos los misterios; y el mismo Renier refiere que el número de los perfectos cátaros de su tiempo, en que se hallaba disminuida la secta, *no pasaba de cuatro mil en toda la cristiandad; pero los creyentes eran innumerables: cómputo, dice⁴, que se ha formado muchas veces entre ellos.*

¹ Ren. cont. Val. tom. IV; Bib. PP. part. II, c. 5, p. 749 et seq. — ² Ibid. c. 6, p. 753, 754, 755, 763. — ³ Ibid. 756. — ⁴ Ibid. 759.

LVI. — *Numeracion memorable de las iglesias maniqueas. Compréndense en ellas los Albigenses. Todo vino de Bulgaria.*

Entre los sacramentos de estos herejes debe notarse principalmente su imposicion de manos para perdonar los pecados, á la cual llamaban la consolacion, y hacia las veces del Bautismo y tambien de la Penitencia. La vemos en el concilio de Orleans, de que hemos hablado, en Ecberto, Enervin y Ermengard. Renier¹ la explica mejor que todos, como un hombre que se habia criado en el secreto de la secta. Pero lo mas notable en el libro de Renier es la numeracion exacta de las iglesias de los Cátaros, y del estado que tenian en su tiempo. Se contaban diez y seis en todo el mundo, y cuenta entre ellas *á las iglesias de Francia, de Tolosa, de Cahors, de Albi; y por último, á la iglesia de Bulgaria, y á la iglesia de Dugranicia, de donde vinieron, dice, todas las demás.* Segun esto, no sé cómo se puede dudar del maniqueismo de los Albigenses, ni que descendiesen de los maniqueos de la Bulgaria. Basta acordarse de los órdenes de Bulgaria y de la Drungaria de que habla el autor citado por Vignier, y que se unieron en la Lombardia. Repito que no hay necesidad de averiguar cuál es la Drungaria. Estos herejes tomaban muchas veces el nombre de lugares desconocidos: Renier habla de los Runcarianos², una secta de maniqueos de su tiempo, cuyo nombre venia de una aldea; y quién sabe si este nombre de *Runcarianos* seria una corrupcion de Drungarianos.

Vemos por otra parte en el mismo autor tantos nombres diversos de aquellos herejes, que seria un trabajo inútil investigar su origen. Patarianos, Poplicanos, Tolosanos, Albigenses, Cátaros: todos estos, bajo diversos nombres, y muchas veces con algunas diferencias, eran sectas de maniqueos, procedentes todos de la Bulgaria; por lo cual tambien se les llama por el nombre que andaba mas en boca del vulgo.

LVII. — *El mismo origen se prueba por Mateo Paris. El papa de los Albigenses en Bulgaria.*

Es tan cierto este origen que tambien lo vemos reconocido en el siglo XIII. «En estos tiempos, dice Mateo Paris³ (el año de 1223),

¹ Ren. c. 14, t. IV; Bib. PP. I part. p. 1254; ibid. 719. — ² Ren. ibid. p. 753, 765. — ³ Matth. Paris in Henr. III, an. 1223, p. 317.